

## AL FINAL DE LA MODERNIDAD

Teresa Oñate

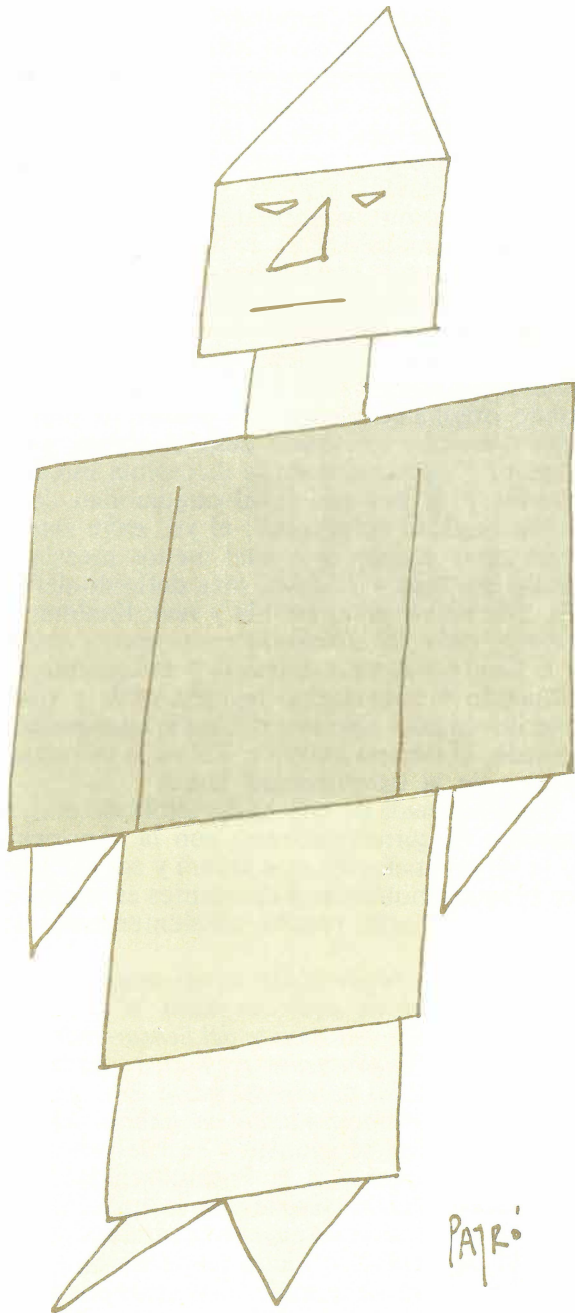
A pesar de la adusta displicencia con que aún muchos enmarcan cejas y fruncen comisuras cuando se trata de la confrontación entre modernidad y posmodernidad (este segundo término, no obstante, parece incomodarles más allá del desprecio), el debate sobre la cuestión del final de la modernidad ha mostrado no ser tan efímero como hubiera convenido a una mera discusión de moda, y, sobre todo, nada hueco; por otra parte tampoco es tan reciente como necesitarían sus trivializadores. John Barth (él mismo considerado narrador posmoderno) nos recordaba, en *The literature of replenishment* (1), que la designación *posmodernismo* circulaba frecuentemente por Europa y Estados Unidos ya desde el final de la Segunda Guerra Mundial; y que, en el campo arquitectónico y el literario, la tal controversia se remonta a los años cincuenta. Hoy, el debate se ha extendido a todos los ámbitos de la experiencia y cultura occidentales y son múltiples las voces que desde todas las latitudes y praxis concurren en la discusión: hombres de artes plásticas, de escritura, de imagen, de comunicación, politólogos, historiadores, sociólogos, lingüistas, filósofos... (2). No por ello, sin embargo, reina precisamente la claridad y mucho menos el acuerdo en la *quaestio disputata*: Se trata de una controversia abierta e intrincada, pero su importancia no puede ya soslayarse, pues lo que quiere es, nada menos, el sentido(s) de nuestra ubicación en todos los órdenes, buscando perfilar nuestra singularidad histórica, si es que la hubiera: si hubiera una epocalidad distintiva que consintiera ser llamada *nuestra*.

Mi intención a la hora de escribir estas líneas es ante todo obtener alguna imprescindible claridad —por compleja que sea—, sobre el problema que contribuya a desahuciar algunos de los muchos malentendidos que pesan, incluso sobre su propio planteamiento. Con demasiada frecuencia, asistimos a juicios de valor hasta apasionados, que abruptamente omiten caracterizar, o proponer siquiera provisionalmente, su necesario punto de partida: qué se entiende por *modernidad* y *posmodernidad*. A mis ojos, el único enfoque capaz de morder en la confusión habitual al respecto y de evitar la parcialidad que impediría situar muchos de los discursos y posiciones habidos hasta ahora, es un enfoque radical, o sea, ontológico. Quizá su lenguaje resulte duro para los no familiarizados, pero la preten-

sión de que la filosofía pertenezca a la teórica obsoleta, elitista, estéril y desvinculada de la realidad, no es, desde luego, inocente, sino que precisamente sirve, como se verá, a los intereses de la hipermodernidad vigente, apoyando la escisión entre pensamiento crítico y práctica política, entre cultura y sociedad, que imponen la *Realpolitik* o el pragmatismo craso: modos de totalitarismo que, desgraciadamente, vamos conociendo muy bien.

Si por *modernidad* entendiéramos solamente la modernidad estética (Baudelaire), o las Vanguardias, o en general los movimientos que reaccionaron contra la rigidez y las limitaciones del realismo burgués del XIX (Nabis, Fauvismo, Vanguardia rusa, Cubismo, Futurismo, Expresionismo, Dada, Surrealismo...), nuestro problema no sólo se desvirtuaría de inmediato, sino que perdería todo peso e interés. Si por *modernidad* entendiéramos solamente la correspondiente a la era científico-tecnológica de las sociedades industriales, o al mundo de la hegemonía burguesa que puede remontarse al Renacimiento, consolidarse en la Revolución Francesa, plasmarse en los ideales de la Ilustración y consolidarse a lo largo del XIX y el XX, también resultaría sesgada la dimensión del conflicto que tratamos. Ya *ab initio* no podríamos discernir la diferencia entre *modernidad* y *posmodernidad*: la propia modernidad resultaría ser burguesa, primero, y antiburguesa, luego, aunque siempre crítica y emancipadora, por lo que una lógica lineal conduciría a obtener que la *posmodernidad* es una «antimodernidad», o bien acrítica o bien por nueva-modernidad también crítica, y, entonces, moderna otra vez: neomoderna. Tal galimatías mareante ha confundido, incluso, a sólidas cabezas (3). Para salir de él es necesario, en nuestra opinión, partir de la radicalización de enfoque que propuso por primera vez Martin Heidegger, y que Nietzsche había en parte anticipado.

Para Heidegger la voz *modernidad* nombra la historia entera occidental, desde Sócrates-Platón hasta nosotros incluidos. No se trata aquí de ninguna vaga abstracción generalísima, insensible a las múltiples diversidades de períodos y épocas dentro de esa historia, sino de la constatación legítima siguiente: si (hasta ahora al menos) hay una Historia: la Historia Occidental, diferenciable de las restantes, es porque hay un núcleo de identidad-continuidad-perpetuación entre sus *fases* o *edades* (términos ambos bien significativos), que se desarrolla de forma reconocible y permite, en cada tramo, la signación de «pasado», «presente» y «futuro» de ella misma. Nietzsche y Heidegger coinciden en advertir que este núcleo está en el pensar-vivir de la «metafísica», al que Heidegger designa también con las expresiones «pensar re-presentativo» y «onto-teología»; nosotros le llamaremos, además, «pensar de la identidad» o «pensar del fundamento». Un poco más adelante se precisará el



sentido riguroso de tales denominaciones. Por ahora notemos que lo esencial de la tesis está en establecer la continuidad de planificación creciente entre la metafísica clásica (griega, medieval y moderna), la ciencia moderna y la moderna tecnología (repárese en la presencia de la *modernidad* en los tres estadios), continuidad que se muestra rotunda en cuanto se opera la suspensión o cuestionamiento de un prejuicio pertinaz: la separación del discurrir paralelo e independiente de Naturaleza/Cultura; Humanidades/Conocimiento Positivo-Científico, etc... Si ya para Comte se sucedían Religión, Metafísica y Ciencia, es inevitable preguntarse por el «y» de ese encadenamiento: por el nexo de vinculación

que permite el progreso sucesivo. La Historia Occidental es la historia de la Metafísica-Ciencia-Técnica, y ello significa que, en la Era de la Técnica, de la Organización total, de los medios de comunicación y las culturas de masas, se cumple, se realiza o culmina el programa de la Metafísica, que ha ido planificándose precisamente a través de *su* Historia. Si se llama *modernidad* al vínculo-núcleo mentado, es porque tal programa se va explicitando a medida que se actualiza, y el momento en que su madurez le hace perfectamente reconocible es la modernidad; ya sea en los ideales de la Ilustración (momento en que justamente se sabe «programa»), ya sea en la *Auto-conciencia* hegeliana (donde se hace consciente de ser historia lineal, en la cual las oposiciones o antítesis, que parecían legitimar la distinción de fases dentro de la historia, revelan ahora su verdadero carácter de conectores-continuadores-correctores: es la Negación la que permite recuperar la afirmación negada, en una síntesis superior [superadora] re-afirmativa y re-apropiativa: la tesis, portadora a su vez de su antítesis o sus contradicciones, etc...).

La Era Técnica ejecuta ese programa, ya consciente y querido, llevándolo a sus máximas consecuencias posibles, y mostrando que algunos de tales proyectos eran, dentro de ese programa concreto, irrealizables, por incompatibles con el resto. Propongo llamar a esa fase técnica culminante *hipermodernidad* —con resonancias de frenesí y crispación— y a la fase de la metafísica griega y cristiana, *protomodernidad*, para subrayar su carácter fundante y de modernidad virtual.



## LA MODERNIDAD O EL PENSAR DE LA IDENTIDAD

Visto ya el campo de extensión de la noción *Modernidad* y su justificación epistemológica, conviene delimitar ahora su contenido, atendiendo a cuál sea ese programa que se continúa constante a lo largo de la Historia occidental, dotándola de unidad. Se trata, de modo concreto, de señalar sus objetivos, ideales, presupuestos y postulados constitutivos. Quizá obtengamos alguna confirmación más de la identificación —ya matizada— que establecemos entre *modernidad* y *occidentalidad*, siguiendo a Heidegger.

1) *El programa* de la Metafísica-Ciencia-Técnica no es otro que el de *dominar el mundo*, expresión redundante, ya que tal apropiarse de la realidad se lleva a cabo en este caso, instituyendo un *kosmos* (orden) donde no haya zonas de incognoscibilidad, resistencia o incontrolabilidad para la razón-poder del sujeto objetivante.

2) *Sus ideales* son los del *progreso* y *superación continua* en el cumplimiento de esta meta, para así conseguir la liberación de la Humanidad de toda servidumbre, miseria y padecimiento,

haciéndola dueña, sujeto, causa determinante, y no efecto o consecuencia (esclavitud) de nada otro.

3) *Los presupuestos* que sostienen esta operación de largo alcance son *la interpretación lineal del tiempo* —sin la cual no hay acumulación ni progreso posible— y *la noción de Fundamento*. Esta, por una parte, permite instaurar la línea temporal: los Primeros Principios, comienzo de la serie (sea por creación, emanación, deducción, legitimación, teleología, etc.); y, por otra, ordenar, situar, medir y enjuiciar sus contenidos, actuando de referentes irrebables (Principios últimos) por relación a los cuales —por proximidad, semejanza o lo contrario— puede determinarse la posición de cada elemento dentro del sistema-proceso: del mundo.

*La condición esencial del Fundamento(s)* reside en su carácter absoluto: todo se refiere a él y obtiene en esta referencia su sentido y consistencia; mientras que el Fundamento, por definición-eficacia, *no es relativo a nada* salvo a sí mismo. Tal independencia y autosuficiencia del Absoluto son debidas a su *plenitud*, a su no carencia (necesidad-de-dependencia), a la perfección de aquello a lo que nada falta ni hace falta. Esta perfecta plenitud independiente es, por lo mismo, *inmutable*, pues igual que no «pide» nada, tampoco puede recibir nada, ni ser, entonces cambiada por lo otro (alteración, alienación o muerte); su plenitud no deja fisuras a injerencia alguna, por lo que excluye toda pasividad-padecimiento, estando libre-de lo otro: es sólo *causa, actividad, sujeto: Autoidentidad* inalterable de lo que, coincidiendo consigo mismo (felicidad), no puede cambiar a mejor, pues ya es todo lo que puede, ni a peor: ser cambiado por lo distinto de él mismo. Estos son —muy ceñidos— los caracteres (y los ideales) con que Occidente ha pensado siempre el Fundamento (desde el Bien Ontológico o la idea platónica y el Pensamiento del Pensamiento aristotélico, hasta el Espíritu Absoluto hegeliano: El Estado o el Todo, pasando por la suma entidad del Dios cristiano, la Substancia barroca o la Razón-Naturaleza ilustrada): *la Identidad autárquica de la substancia* en sí y por sí, y *la auto-identidad* en sí, por sí y para sí *de la subjetividad racional y libre*, gracias a cuya consistencia-soporte la realidad puede darse y significar como «contenido de conciencia», «fenómeno», «objeto» o mera mercancía. Substancia-sujeto o Identidad autosuficiente de lo Absoluto. Así ha pensado nuestra cultura al ser auténtico, a lo más real de la realidad: desde los caracteres del poder y desde la lógica del dominio; no caprichosamente, sino en concordancia con la empresa de poseer el mundo; no arbitrariamente, sino porque la institución del Cosmos y la historia requiere un Fundamento último Absoluto que, poniendo la línea, cierre a la vez el prodeso al infinito: caos relativizante, con todo lo que ello implica. Quizá se vea mejor ahora cómo los ideales de progreso y liberación moder-

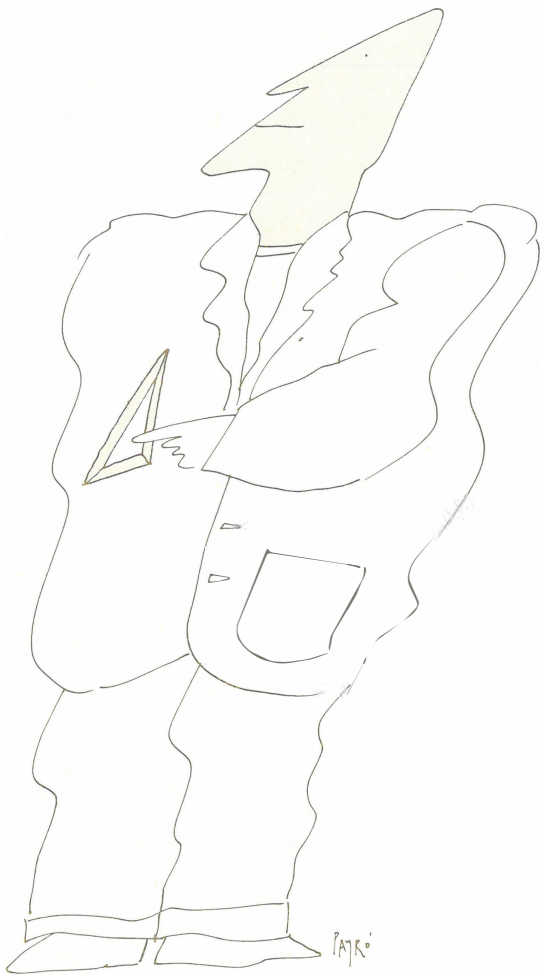
nos que animan las conquistas (sabrosa palabra) de la Ciencia-Técnica o la Razón Positiva, *lejos de abolir la metafísica clásica la pre-suponen, necesitan y continúan*, naturalmente no en ninguna de sus literalidades, sino *en su médula, la linealidad del tiempo y la exigencia de algún Absoluto como fundamento*.

4) Por último, *el postulado* del pensar de la Identidad-modernidad es el de la *separación o escisión*, de la que parte como experiencia básica y a la que él mismo perpetúa y reproduce, por ser uno de sus constitutivos estructurales *entre Hombre* (pensamiento-lenguaje) y *realidad* (naturaleza), y porque sólo desde él tiene sentido y puede originarse el plan de poseer el mundo convirtiéndolo en objeto para el sujeto; *entre hombres y hombres*, dada la dicotomía interior/ exterior y la individualidad-singularidad de la *propia* realidad substancial: el yo; *entre entes y entes*, pues cuanto cada cual menos mezclado, menos confuso y relativo, más definido-definible, más objetivable, estable y real; finalmente, incluso, *entre los diferentes momentos o horas de la línea temporal* que avanza precisamente absorbiendo y superando, dejando *atrás* y sustituyendo como a algo inservible ya, consumido y agotado, el tiempo anterior. Tal es la estructura edípica de la temporalidad lineal.

Tampoco nada de esto es decidible sin más, ni azaroso: su correspondencia con la percepción de la visión «natural», que separa y agrupa grandes bloques moleculares constantes en unidades objetivas distintas, resulta suficientemente elocuente.

*En resumen: Modernidad significaría, de acuerdo con la posición aquí adoptada, el coherente, eficaz y necesario entramado del pensar-vivir de la Identidad o el Fundamento que marca y hace posible la civilización occidental hasta hoy, y sin el cual nuestra historia-mundo no habría sido.*

Las preguntas se agolpan y se vuelven inmediatas: ¿qué pasa con la Posmodernidad?, ¿es que puede estarse después de la historia misma?, ¿la pretensión de *superar* la modernidad no sería el característico modo moderno de evolución y progreso temporal?... Vayamos por partes y hagamos una advertencia previa: *no estamos en la posmodernidad simplemente, sino al final de la modernidad* como reza el título de este artículo. Ahora bien, *final*-significa dos cosas: por un lado, el cumplimiento pleno del fin-acto, y, simultáneamente, el comienzo del desvanecimiento de lo que culmina. En efecto, en nuestra Era, la de la Técnica, llega la lógica occidental a sus máximos resultados: todo está encadenado en nexos de causa-efecto (fundado), todo se nivela y uniforma (identidad, estabilidad) encajando en el funcionamiento de su «colocación» cósmica, y el viejo programa de la Metafísica parece estar cumpliéndose incluso pavorosamente: tanto que ahora el problema estriba más bien en cómo controlar el poder alcanzado por el sujeto para que no destruya al mismo hombre y al



planeta. Tal ha sido el rotundo éxito del proyecto insistente hace tanto emprendido: la conquista de la Tierra. Sin embargo, en el seno de la propia hipermodernidad, en el mundo de la organización Total y la Información, viene desarrollándose un pensar-vivir que no es el de la Identidad, sino el de la Diferencia. Es a través de esta noción compleja, desentrañando sus varias dimensiones y sorprendiendo su conflictividad interna, como esperamos poder acercarnos a qué sea la posmodernidad (o las posmodernidades) y qué relación mantenga con la modernidad generalizada y exasperada en la que se da y vive (4).



## LA POSMODERNIDAD O EL PENSAR DE LA DIFERENCIA:

El término «Diferencia» no puede ser dicho en singular: más bien son las diferencias de la Diferencia las que ese nombre alberga. Intentemos distinguirlas:

— En un primer sentido (A), diferencia se opone a *Identidad* y *Unidad*, significando *Pluralidad*, *Multiplicidad* y *Heterogeneidad*.

— En un segundo sentido (B) —verbal—, *Diferir* implica alteración, transitoriedad y efimeridad, es decir: Cambio, Inconclusión y Apertura, oponiéndose así a Inmutabilidad y Definitividad cerrada. Pero, por otra parte, *Diferir* significa también *aplazar* y *retener*, *sustraer* y *reservar*; con lo que se opone al pensar que privilegia la presencia de *lo presente* y el *ahora*, la plenitud de lo manifiesto sin resto, de lo visible-objetivable, reduciendo lo posible a la mera posibilidad lógica de lo no contradictorio o a la mera posibilidad fantástica de la ensoñación y el recuerdo, que no son *ya*, o aún no son *ya*. Dice Heidegger: «Muy acosadoramente se nos muestra lo amplio de la presencia, cuando comprendemos que también la ausencia y precisamente ella, queda determinada por una presencia que a veces llega a lo desazonador... presencia nos concierne...» (5). Derrida ha hecho de esta ausencia, de una «huella» sin original, el centro de su pensamiento deconstructor de la metafísica. En este sentido *Diferir* se opone también a la presencia plena del absoluto atemporal y en acto, mostrando así su conexión profunda con su anterior sentido, que recusaba la inmutabilidad definitiva, proponiendo lo abierto.

Estos sentidos se engarzan, girando: *La pluralidad es cambio*, el cambio es pluralidad; la realidad es plural y cambiante porque también es *posibilidad*. Juntos constituyen lo que llamaré *el sentido gozoso-liberador de la Diferencia*, pues las filosofías que piensan desde ellos la realidad se enfrentan a cualquier dogmatismo en sus dos vertientes características: excluir lo Otro, lo diferente (manicomio, exilio, Gulag, pobreza, cárcel, censura, discriminación o exterminio) y hacerlo desde la legitimación de instancias inmutables-únicas (Dios, Razón, Ciencia, Raza, Sexo, Clase, Técnica, Nación, Estado...) y definitivas, o sea: indiscutibles. Se comprenderá ahora por qué puede decirse que *la Diferencia está en el ecuador de las filosofías contemporáneas*.

— Sin embargo, en la Diferencia anida un tercer sentido (C), que difiere de los dos anteriores. A éste le llamaré *trágico*: El de *Escisión*, ruptura, fractura o separación (entre deseo/realidad, explotador/explotado, significante/sentido, exterior/interior, teoría/praxis...), que obtiene las conclusiones «indeseables» de los dos sentidos primeros: la finitud-límite, ya como aislamiento inherente a la pluralidad, ya como muerte inscrita en todo cambio.

Es esta desgarradura en el seno mismo de la Diferencia la que abre la cuestión decisiva: Si A-B-C no pueden separarse ¿debemos aceptar, para que haya tiempo, cambio, tejido plural de posiciones y culturas, la injusticia, el sinsentido y el horror que desde siempre marcan la historia como una endémica llaga? —¿Superar la Escisión (C) nos llevaría a liquidar la historia mis-

ma? —Dice el profesor Gianni Vattimo: «¿Es posible conferir a los tiempos de la historia un carácter distinto de aquel puro transcurrir (el transcurrir de lo no esencial separado de su sentido) que la constituye como enfermedad?». El problema parece irresoluble: Sin (C) no hay (A-B), así que suprimir (C) nos devolvería al pensamiento de la Identidad y a las inevitables consecuencias del dogmatismo de los absolutos, mientras que aceptar (C) supondría situarse en un positivismo acrítico que asumiera la iniquidad y la miseria como elementos esenciales y necesarios de lo real contingente.

Aquí hay que detenerse. Acabamos de encontrarnos con la antinomia que, en nuestra opinión, da lugar a lo que puede llamarse *la ambigüedad de la posmodernidad*, o, dicho de otro modo, el que se den en nuestra contemporaneidad, junto con la hipermodernidad oficial, *dos posmodernidades*: A la primera la llamaremos *falsa posmodernidad*, pues no es sino una *antítesis de la modernidad* (una antimodernidad), que la conserva y reproduce al superarla dialécticamente. A la segunda, correspondientemente, la llamaremos *posmodernidad auténtica* (5), y encontraremos su núcleo en la dialogicidad: en el pensar-vivir, no de la oposición dialéctica, sino del diálogo constitutivo que no supera, sino repiensa, reinterpreta, la modernidad (la metafísica, la tradición, la historia) desde dentro de ella. Veámoslo.



## LA FALSA POSMODERNIDAD

Abraza en bloque A-B-C y *glorifica la pluralidad* (A) simultánea de todas (C) las posiciones posibles y cambiantes (B). Aceptando también la «Diferencia indeseable», «la Enfermedad de la historia» (C), se hace acrítica, indiferente, relativista y —de forma especialmente visible en sus versiones extendidas o culturales-populares— frívola. Se embriaga en el darse sin canalizaciones ni códigos de la diversidad múltiple, haciendo de la Diferencia una noción vitalista, desde la cual la realidad (convertida en flujos y ritmos) no es ni problemática ni problematizada. Se sitúa, así, más allá de toda ética-política y, en general, de todo juicio de valor, revestida de esteticismo narcisista. Hace suyo el discurso que pone en cuestión la violencia de los absolutos y los dogmatismos, pero lo diluye en el informe relativismo del «todo vale», y en la falsa alegría del *divertimento* cínico. A falta de criterios normativos, instala el placer inmediato e individual como único principio selectivo, entronizando la insolidaridad y el egotismo. Genera, en todos los sentidos, un mundo reaccionario y, ya en sentido literal, reactivo, sólo negador; es una antimodernidad áfona: sin voz propia y sin pro-

puesta alguna. Más aún, se trata de un neoneoconservadurismo de la peor especie, de un conservadurismo a la moda, que se reconoce de manera elocuente en la corrupta tolerancia indiscriminada de aquel cruel eslogan, verdadero monumento ideológico, *laissez faire, laissez passer*, que preside sospechosamente sus «nuevas» máscaras.

Pero ni las descripciones ni las «inculpaciones» han servido nunca de nada; tratemos, mejor, de explicarnos el fenómeno reparando en algo de suma importancia: que la inclusión de (C) en esta antimodernidad reaccionaria tiene un carácter doblado o quebrado internamente. Es decir, había dos zonas en (C): la escisión-aislamiento de lo plural y la escisión de la muerte en el cambio. La antimodernidad manifiesta rotundamente la primera: su egotismo individualista exhibe una escisión paradigmática. Sin embargo, no asume, no enfrenta la muerte (de ahí su indiferencia ante la guerra, la explotación, etc...), sino que la tapa, la olvida, desplazándola a un después que ahora no está, para no mirarla. De ahí que se instale en el goce del momento inmediato. Para ello, para hacer que la muerte no exista (aún, por el momento) necesita el tiempo lineal. Ahora empiezan a encajar las piezas, a deshacerse el nudo de la aporía que nos venía paralizando: el tiempo lineal es el de la escisión. Yo diría que es *la estructura misma de la Escisión*. [Antes, aludí a su estructura edípica. Ahora digo que es feroz: la de Cronos devorando —como en la estremecedora tela de Goya— a sus propios hijos, a sus propios miembros, para ser-pasando. La escisión entre los ahoras del tiempo lineal (cuya continuidad nunca pudo explicar satisfactoriamente la metafísica) es la de la sustitución: ocupar el espacio de lo presente-existente eliminando por fagotización lo que allí había: matar al padre, devorarlo y ocupar su lugar. El lenguaje, que todo lo guarda, así lo dice del tiempo anterior: lo llama «consumido», agotado, inservible y dice también que ya ha *pasado*, que ya no es. Sólo es el hijo nuevo, que será muerto a su vez con igual impiedad]. Pues bien, *la antimodernidad*, al conservar la interpretación lineal del tiempo que tapa la muerte individual desplazándola, reasume y reproduce el pensar de la Identidad, cuyo postulado básico —recuérdese— era precisamente el de la Escisión. Es verdad que la antimodernidad, en cuanto pensar de la Diferencia, niega el Fundamento (la Unidad-Inmutabilidad del Absoluto), pero, al conservar el miedo a la muerte del tiempo lineal, lo que hace es multiplicarlo en cada singularidad, de la que hace un nuevo Uno: sustancia-sujeto. Cumple así la lógica dialéctica de la antítesis y, por superar, reinstala una modernidad negativa. Nuestra aporía se deshace: ahora se *muestra que (C) era espurio*, que pertenecía al pensar de la Identidad-Escisión-Linealidad y no al de la Diferencia. Aún se verá mejor, esperamos, tras lo que sigue.



terpretación de mensajes en una sempiterna conversación. Decía Heidegger en *Zur Seinsfrage*: «El ser del hombre es, como tal, escuchante, porque pertenece al requerimiento que le llama, a la presencia; esto, cada vez lo mismo, esta copertenencia de llamada y escucha ¿será entonces *el ser*?»



## EL SUELO DE LA POSMODERNIDAD

La posmodernidad, según lo dicho, piensa-vive que no hay Identidad, sino Mismidad o copertenencia de lo diverso cambiante. Los absolutos (Dios, el Sujeto) ya han muerto. Ha muerto toda realidad independiente del lenguaje(es)-relato(s)-interpretación(es), que defienden aún un cierto cientifismo ingenuo y la ignorancia «sensata». Todo son dimensiones relacionales, composiciones. Todo es hermenéutica: símbolo, comunicación, texto de inagotables lecturas. La verdad se abre a la verosimilitud y a la sugerencia de la propuesta que tiene que negociarse cada vez. La verdad es parcial y no por eso menos, sino *más* verdadera: contextualizada. El «recurso al infinito», prohibido tajantemente por Aristóteles, se libra del dique del Fundamento, y la verdad, en vez de fundarse en los Primeros Principios, tiene que convencer, en cada ocasión, de su interés: fecundidad, coherencia estructural, capacidad generativa de perspectivas comprensivas... la posmodernidad no ha matado los absolutos: se han ido desvaneciendo y apolillando en el mundo de las comunicaciones y la fluidez de la información. Decía Nietzsche en el Aforismo 44 de *Aurora*: «Con el pleno conocimiento del origen aumenta la insignificancia del origen, mientras la realidad más cercana, la que está en torno y dentro de nosotros, comienza poco a poco a mostrar colores, bellezas, enigmas y riquezas de significado. Cosa ésta con la cual la humanidad anterior ni siquiera soñó». De la realidad metafísica, inmutable, idéntica y suya, apenas queda nada: *nihilismo*, para terror de los ansiosos de seguridades definitivas, para los metafísicos nostálgicos que buscan desesperadamente alguna parcela inmóvil donde sentirse a salvo, e incluso convierten a la Técnica en el nuevo Sujeto Absoluto todopoderoso, de antiutopías pesadillescas: «nihilismo reactivo», con tal de que haya algún Fundamento, siquiera sea maldito o satánico. ¿Es entonces la posmodernidad un pensar sin Fundamento?; no, eso le ocurre a la antimodernidad relativista. La *posmodernidad*, por el contrario, descansa sobre un suelo infinito: el del *Tiempo tridimensional*. Desde la Diferencia dialógica (D), hace el esfuerzo de pensar un espacio-tiempo que no pasa matando los ahora que se suceden-sustituyen unos a otros, sino que queda con el pasado-presente-futuro enlazados y diferenciados. Ese esfuerzo está en la doctrina del nietzscheano Eterno Re-

## LA POSMODERNIDAD AUTENTICA DEL PENSAR DIALOGOS

Hay un último sentido de la Diferencia, al que llamaré *dialógico* (D), que se da cuenta de que la pluralidad sólo es posible si hay un «*lo mismo*», un *enlace originario*, en el que las diferencias, lejos de borrarse, se instauran por copertenecerse y transpropiarse recíprocamente. Sólo hay lo Otro desde lo Mismo en una relación originaria(nte), que elimina todo en-sí y para-sí aislados y autosuficientes, evidenciando su carácter abstracto (artificialmente separado). Tal nexored es el que enlaza, no después sino constituyéndolos en la conexión, a (naturaleza-lenguaje)-(hombre(s) ente(s) = Historia = Ser). Si despejamos la fórmula, encontramos que el ser es la red, la conexión radical entre los hombres y la naturaleza-tradición siempre dentro del lenguaje, y la realidad aparece como transmisión e in-



torno y en la filosofía toda de Heidegger. Tiene por raíz la admisión de la muerte, durante y no después de la vida. Intentemos comprender mínimamente esta densa temporalidad. Basta que recordemos que la ausencia también es presencia, también nos concierne: *es*. Basta advertir que la posibilidad y la realidad no se excluyen (linealidad edípica), sino que la posibilidad es en —por la realidad y ésta en— por aquélla. El pasado es en el presente como (diferenciado) ausencia: nunca ha dejado de ser, sino de ser lo presente: ¿no está en nosotros el niño que fuimos, los hombres-mujeres que amamos, lo que comprendimos, aborrecimos y perdonamos?; entonces ¿qué suerte de monigote plano somos? Pero más aún: está en nosotros la historia entera de la materia y del planeta, y nuestro cuerpo (otra división artificial) guarda memoria ardiente de lenguajes-ritos ancestrales (probablemente a eso llamamos «sexo»), se sabe mar, estrella o cobre, magnolio, teorema (todo eso lo guardan los poetas). También el futuro es ya en el presente, como (diferenciado) proyecto y diseño que lo configura: el tiempo mana del futuro, viene del origen (originante), de la fuente, y ésta es lo posible. El futuro, lo posible no es un ensueño imaginario (tiempo lineal), sino que está en el pasado: no como lo efectivo, lo ya dicho, pensado por el pasado, sino como lo posible, tapado por lo dado: lo no-dicho, lo no-pensado del pasado inagotable. El tiempo mana del futuro anterior: de lo posible (futuro) del pasado (posible).

Por todo ello la Posmodernidad no podría ser nunca una superación de la Historia-metafísica, modernidad, sino una edad posmetafísica, en un después que no va más allá, linealmente (a dónde, desde dónde) saliendo de ella. La línea del tiempo se ha desvanecido al desaparecer el Fundamento, (Dios y el Sujeto). La posmodernidad no rompe, ni supera: dialoga, reinterpreta, llega o no a acuerdos, se aparta... reestablece la conexión: el diálogo entre los hombres y la naturaleza-tradición, reconstruyendo la textura, el tejido-texto roto —siempre olvidado— de la realidad. Salta, pero no hacia afuera, sino hacia atrás, hacia adentro de las tradiciones, no para repetir las (como si eso fuera posible, como si el pasado hubiera sido de un sólo modo independiente de sus relatos), sino para dejar aparecer lo que en ellas se ocultaba: lo no-dicho y no-pensado por ellas: el futuro del viejo encuentro que todo lo sostenía, no como un fundamento, sino como un *suelo* de tierra viva, inagotable, imposible y siempre por venir, desde el pretérito.

Aquí no todo vale, hay mucho desechable: cualquier propiedad excluyente, cualquier predominio posesivo, cualquier defensa hostilizante... responden a la lógica escindida, paranoica, de la identidad amenazada-amenazante: de la guerra. No caben en un pensar-vivir de la reconciliación, que, escondido en los intersticios y los márgenes de la hipermodernidad oficial, prepara la solidaridad planetaria y lucha, con otras ar-

mas, en la resistencia. Desde los agujeros tangenciales socava, como *el viejo topo* de Bataille, los cimientos, los fundamentos del terror; pero no tiene miedo, porque mira de frente a la muerte.

Sería demasiado triste que la Tierra estallase cuando se dan ya las condiciones para otra humanidad y otra historia, menos patética: las de la posmodernidad.



#### NOTAS

(1) Artículo del año 80, traducido al castellano y publicado en el número doble de la revista *Quimera*: 46-47, dentro de un interesante dossier titulado «Autopsia de la posmodernidad», que incluye además una entrevista con F. Lyotard, a propósito de aquella exposición, tan comentada, sobre «Les inmatériaux», que tuvo lugar en el «Beaubourg» de París entre abril y junio del año pasado.

(2) Véase, a este propósito, una reciente publicación que, bajo el nombre *Postmodernidad*, Kairós, Barcelona, 1985, recoge una colección de textos polémicos sobre el asunto, pensados desde las diversas procedencias aludidas.

(3) Véase la posición de Jürgen Habermas, por ejemplo, en el volumen citado en n.º 2, donde se incluye su texto *La modernidad, un proyecto incompleto*; en él se concluye, desde premisas superficiales, que la posmodernidad es reaccionaria. Más adelante veremos el motivo de este equívoco.

(4) En lo que a continuación sigue, podrá notarse la presencia, sobre todo, de tres voces: Nietzsche, Heidegger y Vattimo. No es extraño. Por una parte, ellos son, a mis ojos, los más lúcidos y críticos pensadores de la Diferencia. Por otra, mi *propio* pensamiento viene encontrando en ellos un imprescindible interlocutor constitutivo.

(5) M. Heidegger: *Zur Seinsfrage*, pág. 28. Frankfurt, 1956. (*La traducción es nuestra*.)

(6) Utilizo voluntariamente ese término «autenticidad» (*Eigenlichkeit*), marcadamente perteneciente al Heidegger de *Ser y tiempo*, al «primer Heidegger», con intención de subrayar la dimensión ética de la posmodernidad, y en polémica con el llamado «Pensamiento de la Diferencia» (el posestructuralismo francés: Derrida, Deleuze, Foucault. Y la Ontología hermenéutica de Gadamer). Estos, por considerar el «primer Heidegger» (división hartamente discutible) «humanista» y subjetivista, olvidan la temática de la muerte escisión, tendiendo al acriticismo que de ello se sigue. Vattimo lo ha visto con toda claridad en *Las aventuras de la diferencia*, Ed. Península, 1986.